

LA HIJA DE CUNCA

POR EUGENIO GARRO

I

Anochece un espléndido día de Agosto, cuando un niño de doce años, más o menos, seguía un camino tortuoso y estrecho que de uno de los lugares más comunes de sembrío, conduce a Chiquián. Caminaba cargado de un cuero de res enrollado sobre la espalda; peso excesivo para su edad y falta de costumbre. Su carga, al tropezar en los cercos de piedra y en las pencas, le hacía bambolear y golpearse a cada paso en los guijarros. Esta incomodidad, después de algún trecho de marcha, lo llenó de despecho y llorando de rabia se sentó en el suelo.

Las sombras de la noche se extendían grávidas de un cansancio estival. Circulaba un aire cargado del relente de las cosechas, de establos, de manadas. Luego un rumor casi cadencioso de mujidos, de grillos, de ladridos persistentes, de llamadas cambiadas entre gentes de las dehesas cercanas, y, como un sonido de queja lejana, el monótono chasquido del río en el fondo de la quebrada cimbreante. Alejo tenía la cabeza congestionada con todas las impresiones del día, todas nuevas, coloridas, inusitadas.

Solo hacía dos días que había llegado a su pueblo natal, y estaba admirado de todo. Se había criado en S... pueblecillo cercano, en casa de unos propietarios, parientes suyos. Había vivido allí en la más absoluta clausura, extraño, ajeno y alejado de todo lo que estaba fuera de las puertas de la casa. Después de la muerte extraña y terrible del que hasta entonces tuviera por padre, se encontró pocos días después, ante otro hombre que le decía ser su verdadero padre y que el otro no había sido más que un adoptante. Y cuando le dijo que marcharían a su pueblo, a Chiquián, a su casa, la idea de ver otras cosas despertó su entusiasmo. Y estaba allí. Aquel día su espíritu aterido por la humedad de la clausura, se había saciado de sol, de aire libre, de alegría. Nunca había saboreado más completa y más larga felicidad. Antes de la salida del sol, abandonó la casa de su padre en compañía de los campesinos que iban a la tarea del TRIGU—TAKAY, con el cuero de res enrollado a la espalda y el bastón al hombro. Sus ojos de niño recluso no acababan de saciarse contemplando los caprichosos accidentes de la tierra. Desde la meseta donde habían llegado, al mismo tiempo que el sol se extendía dorado y riante, contemplaba los tapices tendidos sobre el flanco de los cerros. Caprichosos dibujos de hierbas silvestres, confundidas en mareas espesas, musgos y tomillos extendidos sobre las rocas; campos de maíz en plena recolección, donde resaltan los fustanes rojos y amarillos de las mujeres y los pantalones negros de cordellate de los hombres; manchas movientes de ovejas y vacas en los rastros; los trigales rubios reverberando al sol; la cinta blanca y retorcida del camino; más abajo el río aullante y sitibundo, y todavía más al fondo, caseríos con sus tejados rojos y el vecino pueblo de Huasta, como un gran juguete de niño cuidadosamente colocado sobre el escalón de un cerro como sobre la rodilla de una abuela complaciente.

Después de haberlo visto todo, Alejo se empeñó en carreras de alegría loca a través de todo el trigal; gustaba del roce de las espigas por su cara; quiso tomar la guadaña y segar. Como no le consintieron tomó un bastón y golpeó un buen rato las espigas sobre el cuero de res, pero también se fatigó. Luego tuvo que conformarse solo con mirar la tarea de los campesinos y de las mujeres. Los hombres golpeaban, las mujeres, unas segaban, otras preparaban las gavillas y venteaban el trigo.

Alejo miraba esta tarea como una fiesta. En sus pupilas ingenuas se reflejaban los hombres de rostro cetino y atezado y las mujeres de cara resignada, caderas amplias y senos grávidos, como las figuras de un cuadro rural, inmobilizadas en un gesto de tranquila alegría bajo la plenitud del sol. Cuánta diferencia entre esto y todo lo que había visto en su niñez recluida en casa de su "otro padre."

A la hora del JIPASH—INTI (en que el sol tramonta), Alejo no sentía esa vaga tristeza, esa monótona melancolía que va cubriendo la sierra a medida que avanzan las sombras. No percibía el dejo taciturno de los rumores circulantes de la tarde, porque su alma estaba pura y salta de una casa donde una tristeza sombría había envuelto su vida y ahora todo le parecía alegre, desde la mañana hasta la noche. Sin embargo, si hubiera tenido más años y más experiencia para mirar la vida, se hubiera dado cuenta de algo extraño, de algo funesto grabado en el rostro de las gentes. Así, quizá, mientras todo era pesadez y monotona, la mirada de Alejo era la única que descubría los impresionantes coloridos de una fiesta.

Después de la tarea de ese día, había querido, también, caminar como los campesinos, con su cuero a la espalda, al regresar al pueblo. Poco acostumbrado a caminar en el campo, se había retrasado con su peso y se había sentado a llorar de rabia, herido por su impotencia ante los primeros obstáculos que encontraba en su vida libre.

Al ver su retardo volvió en su busca uno de los campesinos, Benancio, y acompañado de él llegó a su casa.

Esa sombra de algo funesto que Alejo era incapaz de entrever, se le iba a revelar ahí, aquella misma noche. En el pequeño patio de la casa de su padre, poco después de la comida, encontró una extraña reunión de mujeres, sentadas en el suelo. Sin duda era ridículo el asunto de que trataban, causa del gesto sombrío de los pobladores de Chiquián; pero Alejo no estaba aún en edad para descubrir el lado ridículo de las cosas, ni tampoco las gentes de ese pueblo habían acabado de despertar de ese ensueño supersticioso de leyendas. Llenos todavía de ese temor pueril de los pueblos recónditos, fácilmente los impresionaba una leyenda y el temor los sobrecogía hasta lo indecible.

Viejas y jóvenes, pues el mismo grado de temor las unía a todos en esos momentos, sentadas en el patio, frente al vivo rescoldo de la cocina, porque el fuego aleja los maleficios del demonio, con voz apagada y pastosa, como si quisieran diluir entre sus labios las sílabas guturales del kechua, para hacerlo más insinuante y misterioso, acurrucadas en sus mantas, hablaban de ese misterio que se cernía como una amenaza inexorable sobre todos.

"KYLLA HUACAXTA RIKAYARCCON, (han visto llorar a la Luna)", decían esas mujeres llenas de pavor, y Alejo con los dedos crispados escuchaba esa sesión espeluznante que tomaba a sus ojos las proporciones de seres sobrenaturales. La Luna había llorado como sobre una fatalidad cada vez más próxima. ¿Qué acontecimiento les esperaba a todos? Además, muchos signos de desgracia se habían presentado por todas partes: el trigo de la cosecha de ese año estaba malogrado, algunas espigas no tenían un grano; el maíz estaba comido de gusanos; parecía que la Tierra no quería proporcionar alimento; y, lo más extraño, la imagen de la Virgen que había salido en la procesión de la última fiesta religiosa había presentado un semblante tan triste que toda la gente se había arrojado al suelo llorando e implorando piedad, y cuando las notas plañideras de un MISERERE se elevaban al son de los violines, un burro lascivo en persecución de su hembra había pasado cortando el camino a la Virgen y atronando con sus rebuznos endemoniados. Después de un instante de estupor, todos se habían precipitado en una loca búsqueda de los malditos, pero en vano se habían cansado, nadie sabía por donde habían desaparecido los animales. Pero el caso más patente de que amagaba una gran desgracia, era lo que pasaba con Juana, la hija de Atanasio Cunca. Tenía—decían—siete meses de embarazo.

"SUPAY—PA—TASH CHICHURAN" (1) murmuraban las viejas con un patético temblor en los labios. Y en una extraña colaboración de detalles se referían el caso. Algunas, incrédulas, decían: "Tal vez será algún cholo quién la ha puesto así." No, no era un cholo; su padre, el terrible adivino